

UN TERCERO CON VISTAS

Un día, de repente, mi padre anunció que se iba de casa. Así, sin más. Vaya disgusto, qué sofoco nos llevamos, sobre todo mi madre, que no paraba de repetir la mujer “ahora que me acabo de jubilar”, “qué suerte he tenido” o “qué vejez me espera”. Y ni aun con esas hubo vuelta, no señor. Se había enamorado, más bien encaprichado, de unos pisitos pequeños, muy coquetos, unas construcciones nuevas que acababan de hacer en nuestro barrio, cerca de todo, bien comunicados, con vistas al campo...y empeñado estaba en dejarnos solos.

Lo peor de todo es que yo ya lo sabía hacía tiempo. Mi intuición femenina pocas veces falla, aunque mi profesión, enfermera, ayudó a confirmarlo, pues ya se sabe que los sanitarios, en general, tenemos acceso a cierta información privilegiada y nos enteramos de muchas cosas antes que el resto. Por eso tuve ese dudoso honor. Y por desgracia nunca olvidaré aquel fatídico día, ése en el que me llamó una compañera para contarme lo que su marido, radiólogo del hospital, y de los buenos, le había contado de primera mano.

—No, no...no puede ser mi padre, os estaréis confundiendo, que el hombre ha sido siempre un bromista y muy impulsivo, como buen géminis, pero de ahí a querer marcharse en un par de meses...Ahora, que si es verdad, ya le vale, me va a oír, qué buen actor es, disimula a las mil maravillas, porque no hemos notado nada de nada en casa.

Bueno, para ser sinceros, tal y como he dicho antes, yo sí notaba algo. Algo raro, extraño. Pequeños detalles, pequeños gestos diferentes, actitudes...que, de una manera sutil, iban dándome pistas de que mi querido padre no estaba bien.

Ojalá hubiera hecho caso de aquellas señales para ponerle remedio o intentar frenarlo, aunque nunca sabremos si hubiera cambiado de opinión, porque a cabezón, como buen aragonés, no le ha ganado nunca nadie y al final...al final, lo consiguió, acabó mudándose. Y eso que también fuimos cabezones la familia, chantajeándolo incluso con ñoñerías sensibleras, pero...

Le tocó un tercero, de planta cuadrada, soleado por las mañanas, con sombra por las tardes y bien resguardado del cierzo. Igual que nuestro piso de toda la vida. Justo lo que él quería. Rodeado, además, de un elenco de vecinos bastante majos, bien avenidos y, la mayoría, conocidos. El del cuarto, por ejemplo, había sido vecino nuestro en el cuarto también. Qué casualidad. Era un mozo de mi edad que quería independizarse de sus padres en particular, del mundo en general. Y allí encontró el lugar ideal volar del nido y para descansar del estrés de esta, a veces, apabullante sociedad. Cierto es que al principio no les hizo gracia a sus padres, que un hijo es un hijo, pero poco a poco van asimilando, aceptando, que fue decisión suya. Me lo cuentan ellos mismos cuando, alguna vez que voy de visita, nos cruzamos en el patio. Igual que me cruzo mucho con una señora más joven de lo que aparenta, vestida siempre con faldas largas y de negro, que va a ver a un caballero, el del balcón frente a mi padre.

Vecinos también eran un matrimonio que viven justo arriba. Vecinos y amigos. Tenían un terreno en el campo al que íbamos en mi infancia a pasar las tardes de verano. Yo a disfrutar de la piscina, los mayores de la fresca en el porche bebiendo cerveza en porrón y comiendo sardinas de lata. Pero aquello se les hizo grande, y los hijos y los nietos, y ellos mayores, así que compraron un ático recogido en el que están juntos recogidos. Un ático que siempre tiene flores azules en el balcón, las favoritas de su nieto pequeño. Mi padre prefiere la lavanda, con su vibrante color. Le suelo llevar una seca que huele de maravilla y aguanta un montón. Y, a pesar de lo que diga mi madre, qué bonita luce en su patio. No se lo recrimino a la mujer, está enfadada con él desde hace una temporada. Desde que, en lugar de marcar la casilla de “casada” en los documentos oficiales, tacha la de “viuda” con una maldita “X”.